



LA SEÑORITA MEDIANOCHE

POR

MAE MURRAY

N.º 51

30 cts

La Novela Femenina Cinematográfica

Publicación semanal de asuntos de películas.

*Redacción y Administración:
Diputación, 292. - Barcelona*

Año II

N.º 51

LA SEÑORITA MEDIANOCHE

*Excelente producción cinematográfica,
interpretada por los siguientes artistas:*

<i>Señora Gontran y Luca .</i>	<i>MAE MURRAY</i>
<i>Coronel Gontran . . .</i>	<i>JOHN SAINPOLIS</i>
<i>Miguel Sorolla . . .</i>	<i>ROBERT EDISON</i>
<i>P. Hipólito</i>	<i>OTIS HARLAN</i>
<i>Carlos</i>	<i>JOHNNY ARTHUR</i>
<i>Guillermo Luque . . .</i>	<i>MONTE BLUE</i>
<i>Manuel Corales . . .</i>	<i>ROBERT MC. KIM</i>
<i>Pedro Sorolla</i>	<i>N. DE RUIZ</i>
<i>Doctor Sánchez . . .</i>	<i>NIGEL DEBRULIER</i>
<i>La administradora . .</i>	<i>MATHILDE COMONT</i>

Producción Loew-Metro

Selección Óptima

del

Programa Vilaseca y Ledesma

Gran Vía Layetana, 53

BARCELONA



La Señorita Medianoche

Argumento de la película

El espíritu de la Medianoche nació del amor entre las sombras y el claro de luna. Es un espíritu amable, travieso, cuya misión es atraer las almas desprevenidas a los palacios encantados de Su Majestad la Locura. Le siguen cuantos adoran la existencia alegre y bulliciosa, la vida deslizándose por la pendiente de la bohemia. Tiene vuelos de danzarina, canciones de voz de mujer, surgidas bajo la luz palpitante de las estrellas.

Corría el año 1863. Nos hallamos en Rureña, cuando se sentaba en el trono Carlos II y extendía sobre todas las miserias su mano piadosa la Emperatriz. En aquella época, como siglos atrás, las miradas de la vieja Europa atravesaban el Océano e iban a posarse en los países americanos, cuya inquietud no era más que un exceso de vitalidad.

Los salones del Palacio Imperial donde se celebraba un baile, aparecían llenos de una multituduntuosa, una corte de brillantes uniformes y damas de severa elegancia. Presidían la fiesta los Soberanos. Hallábase entre los concurrentes el coronel Gontran, militar valiente y hombre galante, que en breve partiría con sus tropas enviadas a Méjico.

Mientras la música tocaba la irresistible melo-

día de los "minué" y las parejas se deslizaban en los giros de la artística danza, un palaciego se acercó al Trono donde se hallaba la Emperatriz, e inclinándose ante la augusta señora dijo en voz baja:

—Señora, cumpliendo la orden de V. M. hemos averiguado que la célebre "Señorita Medianoche" es la esposa del coronel Gontran.

La soberana sonrió con aire de triunfo y llamando a su esposo, Carlos II, le explicó:

—¡Tenía yo razón al sospechar de esa mujer! Su conducta escandalosa no puede seguirse tolerando en esta Corte.

Aquella sociedad, altiva y digna, protestaba de que uno de sus miembros fuera el escándalo y el motivo de discusión del país. Porque allá, en el barrio de los artistas, donde triunfaba la eterna algarabía del Café Pirot, la esposa del coronel Gontran era el ídolo de aquellas gentes bohemias, enfermas de literatura, que en atención a sus visitas nocturnas la habían bautizado con el nombre de la "Señorita Medianoche".

Esta dama prefería la inquietud y el alborozo del café bohemio al rigor de una Corte, cargada de etiquetas y prejuicios. Era, sin embargo, una mujer digna y respetable, y el coronel Gontran sonreía a menudo ante el entusiasmo juvenil con que ella hablaba de los artistas.

Pero esa conducta, irreverente a los ojos de la Corte, molestaba a la Emperatriz. Sus ojos y los de Carlos II se posaron un momento en el coronel Gontran, que no lejos de allí sonreía con su galantería de bravo militar.

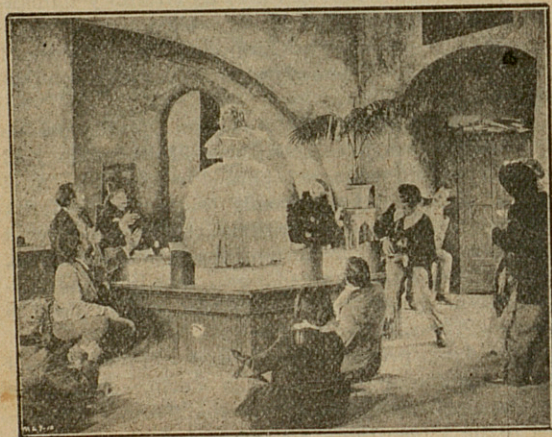
El monarca llamó al coronel y, mirándole fijamente, le dijo:

—Siento tener que manifestarle que me he ente-

rado de algo poco agradable para usted. Me refiero a la conducta de su esposa...

El coronel intentó disculpar a la ausente. No. Ella no era otra cosa que un carácter alegre y bullicioso, pero siempre noble y honrada, incapaz de un desliz.

—Puedo asegurar a V. M. que esas escapatorias de mi esposa son completamente inocentes.



...en el barrio de los artistas, donde reinaba la eterna algarabía del Café Pierrot, la esposa del coronel Gontran era el ídolo...

Pero vinieron a turbarle estas palabras de la Emperatriz, dichas con el ademán resuelto del que está seguro de ser obedecido:

—Coronel, en mi Corte yo soy la primera en dar ejemplo de austeridad, y por lo tanto no consiento

escándalos. Cuando vaya usted a Méjico se llevará consigo a su esposa... y la dejará allá para siempre.

El soldado se inclinó. El era un hombre esclavo de la disciplina. Y se alejó lentamente, mientras la fiesta continuaba entre músicas y risas, en el encantador ambiente de los dorados salones.

Entretanto, en el Café Pierrot, refugio de los nobles caballeros del Ideal, la "Señorita Medianoche" esparcía su alegría contagiosa y bailaba sobre un tablado el "can-can", que en aquella época era considerado como la danza pecaminosa por excelencia. Su espíritu, aturdido y juguetón, derramaba a manos llenas el oro de la risa, sus canciones amables y suaves. A veces parecía que el espíritu de la medianoche se complacía en remover los posos de juventud, de alegría, de locura que había en ella. Era la Musa amada de los poetas, el Hada de aquel grupo de bohemios.

Pero pronto en el Café Pierrot debía reinar la soledad, más angustiosa después del bullicio pasado. El coronel Gontran y su esposa marcharon a Méjico, bajo la orden terminante de la Emperatriz de que no regresaran nunca porque no quería en el Imperio de Rurenia almas de cascabel, mujeres de alma loca como la "Señorita Medianoche".



Pasaron los años, se sucedieron las generaciones. En Méjico se preparaban elecciones presidenciales y los jefes de los partidos se reunían con frecuencia para cambiar impresiones.

En uno de los círculos donde celebraban consejo varios magnates se dió lectura de una carta fir-

mada por el senador Sorolla, uno de los políticos más influyentes y simpáticos en el país. Decía así:

Por casualidad he sabido que mi hermano quiere ir a la Presidencia por cualquier medio y se lo aviso a ustedes para que se pongan en guardia. No



Pero pronto en el Café Pierrot debía reinar la soledad... El coronel Gontran y su esposa marcharon a Méjico.

hay que olvidar que nuestro partido es el de los hombres honrados. Miguel Sorolla.

Todos comentaron aquel escrito. Miguel Sorolla

era una de las primeras figuras parlamentarias, pero su hermano Pedro, en cambio, no gozaba de crédito entre las gentes de orden. Era un espíritu turbio y poco escrupuloso, capaz de cualquier cosa para satisfacer su ambición. Y todos se propusieron impedir que Pedro llegara a la Presidencia.

La hacienda de Sorolla, situada en las inmediaciones de la ciudad de Méjico, había sido, sesenta años antes, el refugio del coronel Gontran y de su esposa. El senador Miguel Sorolla, yerno del coronel, era el actual propietario de la finca.

Miguel había visto morir sucesivamente a los Gontran y a su mujer, y ahora le quedaba únicamente una hija que contaba ya veinte años, una flor mejicana de cabello negro y ardientes ojos.

Aquella mañana de verano se presentó en la hacienda el padre Hipólito, un cura que tenía a su cargo una parroquia cercana y que iba a pasar con frecuencia cortas temporadas a casa de su amigo el senador.

Sorolla salió a su encuentro y le recibió con la cordialidad de un viejo amigo. El cura se apeó de su rucio, plegó la sombrilla, y con el gesto de un hombre feliz entró en el patio de la casa.

—¡Tú siempre tan bueno y campechano, Sorolla! ¿Y tu hija?

—Está allá, en el patio del ganado.

Tomaron asiento. Continuó el padre Hipólito con la verbosidad característica en él hablando de muchas cosas: de la parroquia, los vecinos, las necesidades de los pueblos. Luego, fijándose en un rosal que cerca de allí extendía por la pared sus brazos de color, dijo:

—Cada día está más lozano ese rosal... Parece evocar a todas horas la figura de quien lo plantó.

Sorolla dirigió la vista a la flor, y ante sus ojos

pareció surgir la imagen encantadora de la señora Gontran que en Méjico había seguido cultivando su alegre carácter de cascabel.

—Vista así, desde lejos, parece un espíritu blanco... el espíritu de la bondad y de la alegría... Dos generaciones han pasado y su influencia sigue siempre presente.

Su semblante se oscureció. Y pensó en su hija que parecía haber heredado el carácter alegre y saltarín de la abuela. El P. Hipólito, adivinando lo que ocurría en el alma de su amigo, le preguntó:

—¿De modo que usted teme que su hija Lucrecia pueda haber heredado el carácter de su abuela?...

—Sí. Pero he tomado mis medidas. Desde que tuvo uso de razón, he juzgado como un deber infó tenerla casi prisionera. La ventana de su habitación está con barrotes y yo mismo cierro todas las noches su puerta.

El cura contempló la ventana enrejada que daba al mismo patio.

—Recuerde usted—continuó el senador—que mi esposa, la madre de Lucrecia, tuvo que luchar desesperadamente contra los mismos impulsos.

—Pero usted permitirá alguna libertad a su hija, ¿no?

—Durante el día toda la hacienda es suya y entra y sale cuando se le antoja. A lo que yo le temo es al espíritu de la noche.

¡Oh! Le daba miedo la sombra, la influencia nocturna, que parecía enloquecer a las mujeres de la familia. Por eso, impedía a su hija que saliera nunca, después de puesto el sol.

Y mientras departía con el cura, cerca de allí, en un redondel vallado por ancha pared, los hombres de la hacienda presenciaban la lidia de un toro, un novillo incapaz de hacer daño ni a su com-

bra. Lucrecia Sorolla—Luca, familiarmente—, que no conocía otro mundo que la hacienda de su padre, bella flor de ingenuidad, presenciaba complacida el espectáculo.

Su primo Carlos, que vivía con ellos, sería más buen matador de toros que su paisano Gaona, si los nobles animalitos no tuvieran unos cuernos tan traidores. Carlos, con la capa y el estoque, quería hacer filigranas ante el becerro. Luca le enardecía con sus gritos clásicos de sabor español. Pero el joven, apenas vió que la bestia parecía dirigirse a él con malas intenciones, presa de un pánico atroz corrió desesperadamente, saltando el redondel y colocándose sobre la valla, junto a la muchacha. Los hombres refán ante la "valentía" del joven.

—¡Qué cobarde eres!... Verás cómo yo lo mato—dijo Luca.

Y saltando ella a su vez, con la capa y el estoque, pareció retar al pobre novillo. Los espectadores jaleaban de entusiasmo. Cuando el torito se dirigió hacia ella, Luca vió los afilados cuernos y dando un grito de espanto comenzó a correr, refugiándose, pálida y temblorosa, al lado de su primo.

—Al parecer el miedo se contagia, querida—dijo Carlos riendo.

Quizás enviado por la Providencia, llegaba muy a tiempo el forastero Guillermo Luque, que en las praderas de Tejas había aprendido a manejar el lazo con la habilidad de un *cow-boy*.

Guillermo con empló la escenita anterior, el doble miedo de Carlos y Luca, y vió cómo, de nuevo, Carlos se disponía a seguir sus filigranas ante el toro. Una sonrisa iluminó su rostro. Y llevado del deseo de lucir sus habilidades, esgrimiendo un lazo, descendió del caballo, y de pie sobre el muro lo

lanzó con tal fuerza sobre el novillo que le aprisionó por el cuello.

Guillermo saltó al redondel y agarrando a la bestia con el ímpetu de sus poderosos brazos, la derribó al suelo.

Los hombres de la hacienda quedaron estupefactos ante la inesperada intervención del forastero. Carlos no salía de su asombro al ver al toro rendido en tierra. La muchacha, sorprendida por la audacia de aquel hombre, acercándose a él le llenó de injurias y comenzó a darle patadas como una chiquilla rabiosa.

—¿Por qué se mete usted en lo que no le importa?

El forastero, que era un muchacho simpático y decidido, procurando esquivar la serie de golpes con que le obsequiaba la linda joven, contestó:

—Perdón, señorita; creí que el novillo le daba miedo...

—¿Miedo yo?... ¿Miedo de un novillejo?... Usted no sabe con quién está hablando, señor.

Le miraba con aspecto arrogante y valeroso, cual si fuera capaz de matar todos los toros del mundo. Pero el novillo hizo un movimiento como si intentara levantarse, y Luca, despavorida, emprendió una carrera loca y saltó sobre el muro, temerosa de que la persiguieran aquellos cuernos.

Rieron Guillermo y Carlos, y el forastero preguntó a este último:

—Dígame, señor. ¿Podría usted indicarme la casa del senador don Miguel Sorolla?

—Es mi tío... Se encuentra usted en ella... Con mucho gusto le conduciré a su presencia...

Guillermo traía una misión política de sus amigos de Veracruz y mostró unos papeles a Carlos. Y los dos salieron del circo, dirigiéndose a la vivienda de Sorolla.

Mientras los hombres de la hacienda encerraban al torito, Luca, asustada todavía, seguía de pie sobre el muro, sin atreverse a descender.

Desde lo alto de una colina, un espectador había seguido con atención la anterior escena. Se trataba de Manuel Corales, a ratos bandido, a ratos revolucionario. La poca estabilidad de los gobiernos permitía que sus crímenes quedaran impunes, aun a



—Perdón, señorita; creí que el novillo le daba miedo...

las puertas de la capital.

Acercóse a la pared donde se encontraba Luca, y comenzó a mirarla con una sonrisa burlona. Ella se fijó en aquel desconocido de aspecto repulsivo y le contempló a su vez con ojos desafiantes.

—Bueno... ¿qué busca usted aquí?

El bandido descendió del caballo y contestó:

—Resulta usted tan bonita vista desde allá arriba... Puedo asegurarle que empiezo a sentirme enamorado...

—¿Quién es usted?—preguntó ella, sorprendida por la frase.

—¿Pero es posible que no sepa usted quién soy?... Voy a decirselo con música, que será más interesante.

Y cantó una canción de ritmo tabernario, de presidio:

*Soy bandido valiente y galante
de Amor peregrino.*

*Una joven al marchar yo errante,
cruzó mi camino.*

*Era linda la dama y el bandido
loco de amor se la llevó a su nido.*

—¿Y cómo se llama ese bandido valiente y galante?—dijo Luca, con curiosidad.

—¿Cómo va a llamarse más que Manuel Corales?

Al escuchar este nombre, tan temido en todo el país, ella palideció. Dirigió la vista por el campo como si presintiera la proximidad de un peligro y vió entre malezas a dos hombres que apuntaban con sus fusiles en dirección a ella.

—Ya ve usted, señorita, que soy hombre precavido—explicó Corales con una sonrisa.

Pero Luca, sin acobardarse, respondió:

—Lo mejor que puede usted hacer es procurar que mi padre no le sorprenda aquí.

—Manuel Corales no teme a nadie... Y no olvide usted, señorita, que ninguna mujer se me resiste, cuando yo pongo mis ojos en ella.

Y como si quisiera demostrar sus dotes de conquistador, quiso escalar la valla. Pero ella, ágil,

de un salto cayó sobre uno de los caballos que estaban en el circo y emprendió furioso galope, dejando al bandido solo e impotente para seguirla.

—¡Se me escapa, la maldita! ¡Y es guapa, demonio!

Uno de los peones de la hacienda que se había dado cuenta de la presencia de Corales, disparó contra él, pero el bandido lo venció, llevándolo prisionero a sus dominios.

Entretanto, Carlos había acompañado al forastero a la presencia de Sorolla, y ahora, en una de las amplias estancias, se hallaban reunidos Sorolla, el P. Hipólito y Guillermo Luque.

—Los electores de Veracruz desean conocer la opinión de usted en lo que se refiere a las próximas elecciones, señor Sorolla—dijo Guillermo.

—Hay varios candidatos a la presidencia—contestó el senador—. Mi opinión es que se vote al que mayores garantías de honradez ofrezca.

—En Veracruz se dice que su hermano de usted se presenta candidato...

Estas palabras contrariaron visiblemente a Sorolla, lo que sorprendió a Luque. El padre Hipólito intervino y explicó aparte al forastero:

—El señor Sorolla considera a su hermano como un enemigo público y particular...

Reinó un momento de silencio. Todos pensaban en el hermano del senador, hombre indigno y ambicioso.

—Si he de serle sincero, señor, aconsejaría a sus electores que no votasen la candidatura de mi hermano—pronunció luego Sorolla.

Mientras los tres hombres hablaban de política, Luca llegaba a la casa después de haber burlado la vigilancia del bandido. Saludó con un gesto a su primo, que estaba tranquilamente sentado en el

patio, rasgueando su guitarra. Al escuchar voces en la estancia vecina, abrió la puerta y vio a Guillermo hablando con su tío y el sacerdote. El joven dirigió la mirada a Luca y sonrió con aire burlón. Ella, herida por la sonrisa, cerró de nuevo la puerta, pero sintióse repentinamente alegre ante la presencia del muchacho. ¡Oh, era tan simpático ese hombre! En su cabecita comenzaron a brillar ideas nuevas, y así dijo a una de las sirvientas:

—Tú y los demás criados podéis ir a la fiesta esta noche... Quizás yo vaya también...

Aquella noche, en el pueblo había baile. Nunca su padre la había dejado salir a aquellas horas. Pero la llegada del joven, sin saber por qué, le daba ánimos para ser audaz. Comenzó a bailar, pero vino a distraerla la voz quejumbrosa de su primo que cantaba una canción. A través de una ventana, tirándole del cabello, le dijo:

—Carlitos, no serás más que un primo a medias si no me ayudas a salir de casa esta noche.

Y Carlos prometió a la chiquilla llevársela aquella noche al baile.

Luca, saltando de júbilo, fué a su habitación a cambiarse de ropa, y envuelta en un mantón de Manila, salió al jardín, a esperar a Luque que a la sazón despedíase ya del senador.

Al ver a la chiquilla, Guillermo sintióse deliciosamente turbado, y queriendo explicar su conducta anterior se apeó del caballo y dijo:

—Espero que me habrá usted perdonado el haber maltratado a su toro.

Ella le perdonó de muy buen grado. Lo dicho: ¡el muchacho era encantador! Le entregó una rosa que Luca había arrancado del rosal del patio.

—¿Le gustan a usted las fiestas del país?—preguntó la muchacha.

—Me encantan.

—Pues esta noche hay una fiesta en el pueblo.

—¿Irá usted?

—No sé.

Sonrió, y sin despedirse, echando a correr, alejóse del galán.

—¡Bonita mujer!—comentó Guillermo—. ¡Esta noche la volveré a ver!

Luca, entusiasmada, sintiendo por primera vez en su corazón encenderse el amor, entró alegremente en la casa, y al ver que su primo seguía rasgueando la guitarra, se la hundió en la cabeza, dejando al muchacho estupefacto. Pasó luego ante su padre, alegre y rápida como una exhalación...

¡Estaba enamorada!

*
* *

En las cercanías de la hacienda de Sorolla, tenía su campamen o Manuel Corales. Un misterioso desconocido, al parecer muy interesado en ocultar su personalidad, se presentó inesperadamente en los dominios del bandido. En la tienda de Corales, descubrió el pañuelo que ocultaba sus facciones. Era Pedro Sorolla, el hermano del senador, que contaba con el bandido para asaltar la casa de su deudo. Quería apoderarse de las joyas y títulos de su hermano para convertirlos en dinero y asegurar el éxito de la elección presidencial. Pedro no se andaba en escrúpulos. Había odiado siempre a su hermano. Los dos hombres hablaron. Corales, ante la posibilidad de futuras ganancias, aceptó la aventura. Aquella noche en rarían a sangre y fuego en la hacienda del senador.

Después de cenar, Miguel Sorolla acompañó a su hija a su habitación. Ella protestó:

—Papá, ¿es que toda la vida vas a tenerme encerrada, como si yo hubiese cometido un crimen?

—Es necesario... hija mfa... Tú no comprendes aún...

Corrió el cerrojo. Y Luca quedó desconsolada. Ante el retrato de su abuela, exclamó:



...y al ver que su primo seguía rasgueando la guitarra, se le hundió en la cabeza...

—Abuelita. Tú no estuviste encerrada... tú conociste el espíritu de la medianoche...

Y como atraído por el imán de la evocación, pareció pasar por la estancia el mensajero amable, travieso y gentil de Su Majestad la Locura. ¡Oh! ¡Ella ansiaba la libertad, la vida!

Poco después, Carlos recorrió silenciosamente el cerrojo y salieron los dos hacia la fiesta del pueblo, maravillados por su audacia.

Cuando llegaron, el baile estaba en su apogeo. Guillermo llevaba ya algún tiempo esperando a la hija de Sorolla. Cuando la vio llegar, dirigióse hacia ella, pero Luca, enardecida por las músicas, subió a un tablado y comenzó a bailar, con uno de los hombres, una danza movida y típica. Sin sospecharlo, Luca Sorolla era una reproducción animada de aquella "Señorita Medianoche" que con su "cancan" enardecía a los pintorescos bohemios de Rureña. Guillermo la contemplaba sonriente.

Pero en aquellos momentos, los bandidos, llevando al frente a Manuel Corales y a Pedro Sorolla, invadían la casa del senador. La finca estaba casi desierta, pues los hombres se hallaban en el baile. Pudieron los facinerosos entrar impunemente por patios y estancias, comenzando un inicuo saqueo. Miguel Sorolla salió de su habitación, al escuchar pisadas ajenas, y encontróse con los hombres de Corales. Cogió un rifle y se dispuso a defenderse de los intrusos.

—¡Atrás!

—Manuel Corales no consiente que nadie se cruce en su camino—dijo el criminal con aire amenazador, descubriéndose el semblante. Junto a él, con el rostro tapado, Pedro Sorolla sonreía con aire cínico.

El senador disparó contra uno de los hombres que avanzaba hacia él. Pero Corales, con su revólver, hirió mortalmente a Miguel Sorolla, que se desplomó junto a la puerta del cuarto de su hija, que había defendido creyéndola a ella dentro.

Por un fenómeno telepático, tan frecuente en la vida de los hombres, aquel tiro que mató a Sorolla,

pareció repercutir en la cabeza de Luca que bailaba en la fiesta pueblerina. Súbitamente, se detuvo, descendió del tablado y, con las manos a la cabeza, dijo a su primo:

—¡Llévame a casa!... ¡A escape!... ¡Ha sucedido algo!...

Y subieron al coche sin hacer caso de las voces de los concurrentes que querían que ella continua-



...enardecida por las músicas, subió a un tablado y comenzó a bailar, con uno de los hombres, una danza movida y típica.

se. Guillermo se preguntó sorprendido a qué obedecía la desaparición de la joven.

Mientras, en casa de Sorolla, seguía el incuo despojo. El cura Hipólito despertó, y al ver a su amigo muerto, recriminó a Corales lo ocurrido.

Pero el bandido, que no entendía de sermones, terminó la discusión cogiendo una cruz de metal que estaba sobre una mesa, y dió con ella tal golpe al sacerdote, que éste se desplomó desvanecido. Manuel buscaba por todas las estancias a Luca, a la que no había podido olvidar. Después hicieron saltar a tiros las cerraduras de las arcas y cajas, apoderándose de cuanto tenía valor.



—¡Llévame a casa!... ¡A escape!... ¡Ha sucedido algo!...

Uno de los criados de Sorolla pudo llegar al baile y avisar lo que ocurría. Y todos los invitados, entre los que se hallaba Guillermo, dirigiéronse precipitadamente hacia la casa de Sorolla.

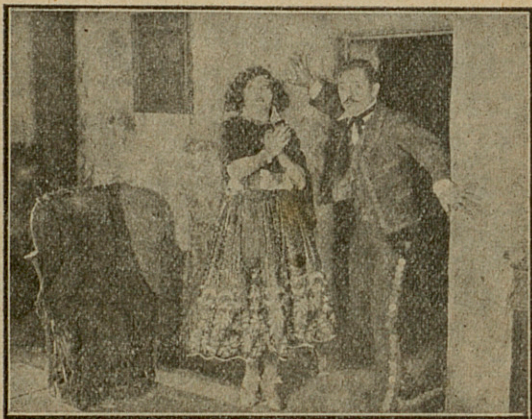
Los bandidos habían subido al piso principal y

Pedro Sorolla, cogiendo un montón de papeles, exclamó:

—¡Maldición! ¡Todas las propiedades están a nombre de la hija!

—¡Pues hay que apoderarse de ella!—contestó Corales.

—Hay un camino más seguro... Yo soy su tío... Ella es menor de edad... Tendrá que obedecerme...



Luca y Carlos llegaron a la casa apenas se hubieron marchado los miserables...

Luca y Carlos llegaron a la casa apenas se hubieron marchado los miserables, y la muchacha, al contemplar el cadáver de su padre, sintió en su alma una profunda desesperación.

Guillermo, al llegar a poco con los pueblerinos, se acercó a Luca y la separó de su padre, conso-

lándola con palabras llenas de ternura, mientras Carlos acudía en auxilio del sacerdote, gravemente herido.

*
* *

Transcurrieron días amargos, en los que el dolor violento de las horas primeras se fué transformando en una pena suave. Guillermo Luque, ante lo ocurrido, había renunciado a volver a Veracruz, y acompañaba durante muchas horas a Luca. Estaba enamorado de ella y no quería abandonarla en su soledad.

Se encontraba aquel día con Luca, cuando se presentó Pedro Sorolla, el único criminal, que, con aire compungido, dijo a su sobrina:

—Siento mucho que mi ausencia de casa me haya privado de enterarme antes de la noticia.

Ella, que conocía el odio existente entre los dos hermanos, contestó:

—Dispénsame, pero no puedo hablar de eso... Carlos le contará todo lo que sucedió.

Guillermo se alejó de allí dirigiéndose a ver al P. Hipólito, que seguía sin recobrar el conocimiento.

Pedro dijo a su sobrina, con ademán pladoso:

—Hasta tu mayoría de edad, soy tu tutor natural... Por lo tanto vendrás a vivir a mi casa de Méjico.

Ella, anonadada aún por el golpe, sintiéndose sin voluntad, se inclinó. Tenía que aceptar. Su tío era su más cercano pariente.

Cuando Guillermo supo la noticia le preguntó si podría ir a verla a la capital. ¡La quería tanto!...

Ella contestó afirmativamente, y le miró con los ojos llenos de tristeza...

Pasaron algunas semanas; la revolución estallaba en varios puntos de la República, fomentada por Pedro Sorolla.

La casa de Miguel Sorolla se hallaba desierta con la marcha de Luca, que había partido para Méjico con el tío Pedro.

Cuando el Padre Hipólito recobró el conocimiento, preguntó con gran interés por la hija de su amigo. Al decirle Carlos que había partido, movió tristemente la cabeza, recriminando que la hubieran dejado marchar. Y convinieron los dos en ir a la capital e intentar traerla de nuevo.

Por su parte, Guillermo había hecho lo imposible por ver a Luca, sin conseguirlo. Cuantas veces estuvo en casa de Pedro Sorolla, siempre le dijeron que se hallaba ausente la señorita. Visitó a un amigo suyo de Veracruz que residía en la capital y supo que en la casa de Pedro se forjaban varias intentonas revolucionarias para asegurar su elección a la Presidencia de la República.

Pedro Sorolla, presentado candidato a la Presidencia, saboreaba ya las posibilidades del triunfo. Se sentía satisfecho de sí mismo. En su casa, ante un espejo, vestido de levita y chistera, ensayaba los lentos y majestuosos movimientos con que pronunciaría su primer discurso presidencial. Le rodeaban tres personajes: el doctor Sánchez, un médico que ponía su ciencia al servicio de su ambición; su administradora, una mujer fiel como un perro de presa; y Manuel Corales, el bandido, que vestía ya el uniforme que se pondría al día siguiente del triunfo de la revolución.

Luca, desde que abandonó la hacienda de su pa-

dre, estaba prisionera en casa de su tío, que trataba de hacerla pasar por demente para erigirse en dueño absoluto de sus propiedades. Vefía desfilar con tristeza la procesión de los días preguntándose cuándo terminaría su horrorosa cárcel. Luca, que vivía enamorada de la libertad, estaba condenada a permanecer en una habitación con un balcón cubierto de espesos barrotes. Pensaba en su padre, en Guillermo. ¡Oh! ¿Por qué estaba allí, en ese lugar de infamias? ¿Es que su tío era también un malvado?

Un poco inquietos por la suerte de Luca, llegaron el P. Hipólito y el buen Carlos a casa de Sorolla.

El futuro presidente se sorprendió al verle anunciada aquella visita. Guardó la chistera y se despidió de sus amigos. La administradora y el doctor pasaron por la sala donde se encontraban esperando los dos hombres, y subieron al piso principal. Corales, que creía que Luca estaba fuera de Méjico—así se lo había dicho Sorolla, que tenía que la pasión que por ella sentía el bandido fuera perjudicial a sus proyectos—, salió al patio con la imperturbable tranquilidad del criminal sin conciencia, para no ser reconocido por los visitantes.

Sorolla saludó muy deferente al P. Hipólito y a Carlos, y al escuchar el propósito que les traía allí les explicó:

—Luca ya no vive en mi casa... Me he visto obligado a enviarla a otro sitio.

Los dos hombres quedaron asombrados. Sorolla siguió con su peculiar cinismo:

—Está lejos de aquí, bajo los cuidados de un médico... Desgraciadamente, la locura que padece puede asegurarse que es incurable.

¡Pobre muchacha! La compadecían de todo cora-

zón, porque los dos, almas sencillas y buenas, ignoraban que pudiera haber tanta maldad en el mundo. Carlos entregó a Sorolla un tlesto con un rosal, diciéndole:

—Si pudiera usted enviarle esto de parte mía...

—De mil amores—respondió Sorolla, recogiendo el regalo.

En retanto el doctor Sánchez y la administradora entraban en la habitación donde Luca permanecía encerrada. Al ver a sus carceleros, ella, desesperada, exclamó:

—¿Por qué siguen teniéndome aquí encerrada como si estuviese loca?

—Orden del doctor, señorita—respondió la administradora.

—Pero usted sabe que yo no tengo nada—protestó Luca, dirigiéndose al médico.

—Usted padece una enfermedad, heredada de sus antepasados: la locura. Será usted enviada a un manicomio y su tío administrará sus propiedades.

En el patio, las manos de Corales rasguearon una guitarra. Al escuchar la música, Luca, que sabía que Manuel era el asesino de su padre, sintió renacer en ella sus anhelos de venganza. Aquella música la había oído en el campo, el día aquel en que encontró al bandido.

—¡Esa música, esa música!—exclamó, sin saber que cerca de allí estaba el matador de su padre—. ¿Por qué vienen a tocarla aquí?

—¿Qué quiere usted decir?—dijo la administradora, disimulando—. No se oye ninguna música.

—Sí... sí... ¡Oh! Yo voy a volverme loca...

Asonóse al balcón a pedir socorro en el momento en que salían el P. Hipólito y Carlos, desesperanzados ante la noticia de la locura de la joven. Pero ella, ciega de dolor, no pudo ver a sus ami-

gos, y se sintió cogida por los brazos poderosos del doctor Sánchez, que la echó sobre un diván.

—Es inútil que pida usted socorro. Está usted loca, rematadamente loca, y todo el mundo lo sabe...

—¡No, no!—respondió la muchacha, mientras la administradora la llenaba de injurias. Luego quedó como muerta, inmóvil, y los carceleros, satisfechos, se alejaron...



A unos cuantos kilómetros de Méjico tenía el P. Hipólito su parroquia. En la iglesia, reunidos el sacerdote, Carlos y Guillermo, comentaban la desaparición de Luca.

—Tengo la seguridad—dijo el enamorado—de que Luca está prisionera en casa de Sorolla... Me he enterado de que esta noche los revolucionarios tienen reunión en su casa. Esto me permitirá entrar sin llamar la atención.

Ardían en deseos de descorrer el misterio que envolvía la desaparición de la muchacha, y Carlos aseguró que de llegarse a la lucha, podía contarse con la lealtad de las tropas rurales.

En casa de Pedro Sorolla, cuando se tocaba la cuestión de intereses, Corales olvidaba lo que debía a su protector y se mostraba intransigente. Aquella tarde sostuvo una acalorada discusión con Pedro Sorolla. Necesitaba dinero, mucho dinero. El futuro presidente le prometió que al día siguiente, en que tendrían lugar las elecciones, sería espléndidamente recompensado.

El bandido se alejó con aire amenazador, y Sorolla dijo al doctor Sánchez, que había presenciado, en silencio, la discusión:

—Manuel se está volviendo demasiado exigente. Un hombre así al lado es peligroso.

Quería deshacerse de su cómplice, al que tenía miedo.

Por la noche, la fiesta con que Sorolla y sus partidarios celebraban de antemano su posible triunfo, se hallaba en su apogeo.

El futuro presidente estaba congestionado por los ardores del vino. La administradora, junto a él, completamente embriagada, se le mostraba en exceso cariñosa, fastidiándole sobremanera. Corales, con su flamante uniforme, se divertía de lo lindo con algunas mujeres complacientes. Corría el vino en abundancia. La música atronaba el ambiente con sus metálicos sonos de *jazz-band*.

Sorolla, librándose finalmente de la administradora, dijo a Corales:

—¿Está usted seguro de que nadie vendrá a molestarnos?

—Tengo a mis hombres en la puerta disfrazados de soldados. Podemos divertirnos a conciencia, ellos velan por nosotros.

Pero velaban a su manera, apurando también buenas botellas de vino.

Mientras ellos se divertían, la pobre Luca continuaba encerrada en su cuarto, gimiendo la tristeza de su cautividad. Sus manos aprisionaban un rosario y rezaba:

—Señor. Ayúdame. Tú solo puedes abrirme las puertas de mi cárcel...

Ante la casa de Sorolla, habían llegado en automóvil, Carlos y Guillermo. Carlos quedó en el coche, mientras Guillermo, burlando la escasa vigilancia de los hombres de Corales, se encaramaba por la pared hasta llegar al balcón enrejado, que era precisamente el de Luca.

La muchacha, que seguía rezando, al ver un brazo que se apoyaba en los barrotes del balcón, lanzó un grito, pero renació su tranquilidad al reconocer, un instante después, a Guillermo. Corrió hacia él y sus labios se juntaron.

—¡Oh! ¡Cuánto he esperado que viniera usted!

—La he buscado por espacio de semanas enteras, Luca, siempre inutilmente...

—¿No habrá algún medio para huir de aquí? Me tienen presa.

—Luca, tenga usted confianza en mí. Yo la protegeré contra todos.

—¿Cómo salir de aquí si estoy encerrada en esta habitación?

—No se apure. Es necesario que llegue usted a la puerta del jardín. Allí nos encontraremos.

La administradora, cansada de los desdenes de su amo, abrió la puerta del cuarto de Luca, que despidióse apresuradamente de Guillermo para que no la sorprendieran.

La administradora, sin mirarla, dejóse caer en un sillón, levantó sus enaguas y sacó una botella de vino que apuró hasta el último sorbo. Luego quedó profundamente dormida y Luca, de puntillas, palpitante, le quitó la llave que tenía guardada en el pecho, y luego, con una cuerda, ató a su carcelera al sillón. La mujer despertó, pero estaba bien inmovilizada.

Luca, abriendo la puerta, sintió que con el aire nuevo recobraba su libertad. Pero antes, cogiendo un cuchillo, se lo colocó en el cabello, por si era necesario defenderse.

Guillermo, al descender del balcón, había sido sorprendido por los hombres de Corales y encerrado en uno de los sótanos de la casa. Carlos, habiendo presenciado desde el coche la detención, se acer-

có a uno de los soldados que estaba distanciado de sus compañeros, y le despojó de sus vestidos, trocando su traje por el uniforme militar.

Así, disfrazado, relevó al soldado de guardia ante el encierro de su amigo, y le abrió la puerta para libertarle. Guillermo, en un momento, puso a Carlos en antecedentes de lo que ocurría, reclamando la ayuda de los guardias rurales.

—Yo me quedo aquí...—terminó, para no alejarse de la casa donde estaba Luca.

Carlos subió al automóvil y dirigióse al cuartel a buscar refuerzos.

Mientras tanto, Luca, desorientada, se encontró en los salones, donde se celebraba la fiesta. Entre los concurrentes vió la odiada figura de Manuel Corales. La muchacha sintió revivir su odio. ¡Aquel hombre era el asesino de su padre, y se vengaría!

Manuel quedó sorprendido al ver a Luca, a la que creía muy lejos de allí. Tampoco Sorolla se explicaba a qué obedecía su presencia.

Corales fué a su encuentro y ella sonrió como una antigua conocida. Quería engañarle. Y como si de nuevo el espíritu de la medianoche viviera en ella, comenzó a bailar ante la concurrencia atónita y maravillada.

Unos de los soldados de Corales, acercándose a Sorolla, le comunicó que habían hecho prisionero a un hombre, debajo de las ventanas de la habitación de Luca. Indignado, Sorolla le ordenó que lo vigilaran hasta terminada la fiesta.

Luca, después de bailar, sonrió con una mirada prometedora a Corales. Había, en un instante, forjado un plan. En aquellos momentos críticos, sentía que ese valor de los débiles que salva todos los obstáculos, la fortaleza, la daba ánimos para seguir siempre adelante.

—Llévame fuera—dijo al bandido—, a la luz de la luna.

Parecía electrizada, loca. Corales creyó que Luca le amaba, y, henchido de pasión, se dispuso a salir con ella al jardín.



—Llévame fuera, a la luz de la luna.

Sorolla se interpuso y le dijo:

—No hagas tonterías. Ella ama a un forastero cuyos besos están todavía frescos. Acaban de decirme.

—¡Ah! ¿De modo que pretendías engañarme?—reprochó, celoso, el criminal, a Luca.

Y ella, sin poder continuar aquella farsa, gritó desesperada:

—¡Canalla, te odio, fuiste el asesino de mi padre; tus manos están rojas de la sangre de tus crímenes!

Corales sonrió.

—Anda, déjate de tonterías; dame un beso, pequeña.



Los invitados intervinieron, separándoles. Pero...

—¡Ah, miserable, ya no harás más daño a nadie! Y arrancándose el cuchillo del cabello quiso clavárselo al bandido; mas éste, esquivando el golpe, la levantó y se dispuso a huir con ella.

Pero entonces Guillermo, que impaciente había salido de la prisión, penetró en la sala, lanzándose contra el criminal.

Lucharon los dos hombres como fieras, por el amor de la misma mujer. Los invitados intervinieron separándoles. Pero el doctor Sánchez advirtió a Sorolla que debía aprovechar la ocasión de deshacerse de los dos, y así, el malvado, dijo a los contendientes:

—Si quieren ustedes dejar bien arreglado este asunto, más vale que sigan luchando...

Acuciados volvieron a embestirse con odio mortal. Luca rogaba mentalmente por el triunfo de Guillermo. Pero Corales, fuerte como un roble, logró derribar a su adversario, y pretendió huir llevándose a Luca con él. Guillermo se levantó, y después de corta lucha, lanzó contra una escalinata al criminal, cuya cabeza fué a partirse entre los hierros de la barandilla. Estaba muerto.

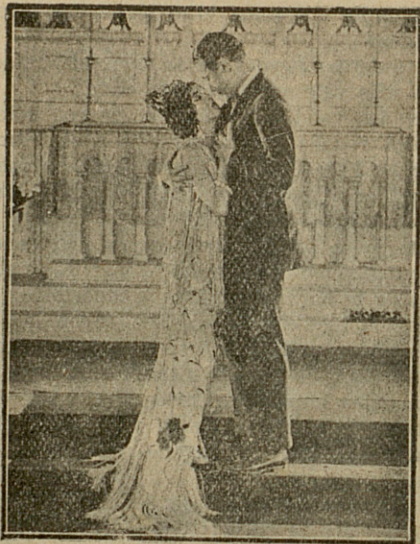
En aquel momento llegó Carlos, con las tropas rurales, procediendo a la detención de aquellas gentes, que eran un peligro para el orden del país. Sorolla quiso huir, pero Carlos cayó sobre él, propinándole una soberbia paliza y entregándolo después a los guardias, para que respondiese de sus delitos.

Por fin, gracias al arrojo de sus amigos, Luca era libre y estaba en salvo, después de tantas jornadas de dolor.

Aquella misma noche, el Padre Hipólito, en su parroquia, casaba a Guillermo y a Luca, sirviendo Carlos como testigo.

Era medianoche. La hora brujal en que el espíritu de la locura pasa por el mundo. Sonaron las doce campanadas, y ante los nuevos esposos pareció pasar el encanto de aquella hora fascinadora. Y Luca,

Libre ya, desvanecidas todas las pesadillas, besó a su marido, diciéndose que para ella no habría en lo sucesivo otra emoción que su nuevo hogar.



Era medianoche. La hora bruja en que el espíritu de la locura pasa por el mundo.

FIN

Con esta novela ex'ja usted la postal-obsequio de ALMA RUBENS

PRÓXIMO NÚMERO:

La sugestiva novela

LA MUJER PERFECTA

Postal - obsequio: RICHARD TALMADGE

Pida usted en cualquier Kiosco

El fantasma de la ópera

(Lon Chaney - Norman Kerry - Mary Philbin)

Precio 50 cénts. — Novela de emoción

AYER APARECIÓ

el núm. 27 de la popular
publicación semanal de

BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS
DE LA PANTALLA

LA NOVELA ÍNTIMA
CINEMATOGRAFICA

Contiene la biografía de
la bellísima estrella

NORMA SHEARER

Numerosos datos y fotografías

Regalo de una lujosa postal

Precio popular: 35 cts.

DE VENTA EN TODAS PARTES